

hasta los elefantes, si recordamos el caso ocurrido en agosto de 1979 en el Zoo de Madrid con el elefante que, amoroso, recuperó a su elefanta desmayada, van a parar al mismo sentido: el de otorgar el propio aliento al otro para que reviva o, en el caso de muerte irreversible, la posibilidad de que el vivo se nutra con el aliento (*pneuma*) del muerto. Y en esto de la palabra ligada al aliento se juntan hindúes, japoneses, guaraníes. Por eso, *besarte es pronunciarte* (20).

Si no fuera así, ¿qué significaría exhalar el último aliento o sencillamente expirar? O, en caso de ausencia de oportuno besador o bien, lo que es igual, de muerte repentina, ¿qué quiere decir el alma que se separa del cuerpo y se fuga, volando como un pájaro, paloma o Espíritu Santo, si queréis, amén? Porque, de más está decirlo, el Espíritu Santo, sólo puede haber nacido de un beso mal calculado, que dejó escapar aire de la boca que besaba.

*El amor es una razón de Estado. Nos hacemos cargo de que los besos no son de «biscuit glacé». Pero si ahora se abriese esa puerta todos nos besaríamos en la boca* (21).

Pero nos besamos poco, en realidad.

Seguí besando, *me arrastro sin sonido*. / *Escúchame muy pronto* (22), no tires tus besos, no tirites, ordená tus labios, no arrugues las sábanas, déjate estar, aunque más no sea con *ese abandono largo que flamea luego débilmente ante el aliento de las lenguas cansadas* (23), no toques, no dejes de tocar, la pierna apenas cubierta por los pliegues del vestido se abre, erguida se muestra y el mundo, que seguimos pretendiendo disfrazar de frases hechas, con verdades supremas, con dogmas inapelables, el mundo, el diverso se manifiesta, con todos sus planetas, en ese lugar donde, doblándose, la pierna se toca con el muslo y allí se anulan todos los discursos feroces que hablan del ejemplo, la paz y la paciencia, mientras los señores del jurado enchufan la silla que es eléctrica o logran que el mismo reo exija morir en cámara de gas: no te muevas, la almohada se ha caído nuevamente al suelo y es mejor, es mejor, te lo aseguro, porque tu cabeza baja se entrega caritativamente y la vida, de noche o a plena luz, sin cesar se construye con los labios que te invento y me inventás en cada rincón de nuestros cuerpos, *sí, te tengo, cuerpo hermoso, y*

---

(20) *Humano ardor*, de «Mundo a solas», en OC, p. 451.

(21) *La muerte o antesala de consulta*, de «Pasión de la tierra», en MPM, p. 49.

(22) *La palabra*, de «Espadas como labios», en OC, p. 248.

(23) *Vida*, de «Pasión de la tierra», en OC, p. 177.

*besamos y sonreímos* (24), o me descubrás tus dientes con mi lengua, entre esos dientes, donde *nos brilla / un eco de un resplandor, el eco de un eco de un eco del resplandor, / y comemos. / Comemos sombra, y devoramos el sueño o su sombra, y callamos* (25).

Qué vastedad, ahora mismo, escribir *para los pechos y para las bocas y para los oídos donde, sin oírme, está mi palabra* (26), y darse cuenta de que podemos rezar tranquilos mientras esta bella tarde dure, esta dura tarde con luz o anocheciendo, aunque quizá sean las nueve de una noche del año mil novecientos setenta y nueve, y se me ocurra escribir, por ejemplo, *amo sobre todo la pulpa* (27), pero no pueda abandonarme al hondísimo silencio de tus dientes, *¡oh perfectísimo silencio!* (28), que trituran la fruta; o tal vez escriba *es medianoche. La lluvia azota los cristales. No era medianoche. No llovía* (29).

Entonces permanezco en la cocina, mezclo especias que apenas conozco para fabricar o sustituir o alcanzar o impedir que tu bello olor —el que dejaste— me inunde, y pronuncio delicadamente cada uno de los nombres, los asocio: enebrina (para enhebrar los pedazos de tu cuerpo), eneldo (o aneldo, que es también el nombre del aliento, y no oívido los anélidos, que aman el mar y la tierra húmeda), canela (carnes, cal, clavo), comino (conmino, cómo no, no como)... Me doy cuenta, en realidad, que podría ser un buen revoltígrafo. ¿Tendrán buen sueldo los autores de revoltígramas? Como nadie responde, ni puedo averiguarlo ahora, sigo meditando, feliz, de nuevo ajeno a problemas económicos. Y pregunto, inquieto: ¿no es esta historia inagotable de la poesía, la crítica y otros deudores una suerte de revoltígrama? ¿O un manjar harto de especias que gustamos golosos, pero nos pide un esfuerzo lento y silencioso para distinguir cada sabor?

Abandono a Aleixandre y a la poesía por un momento. Busco el periódico. Lo encuentro y, mientras recorro las páginas para encontrar la sección de pasatiempos, leo. Releo: los desaparecidos en Argentina son considerados *ausentes para siempre* por resolución oficial, es decir, del Ministerio de Justicia y otros aparatos eléctricos. Mientras me levanto furioso, escucho estertores —que no alientos, suavísimos ellos—, las máquinas, los coches, las vibraciones eléctricas (otra vez, o siempre), pasos ruidosos, la música que no me deja hablar. Bajo el volumen. Levanto el tubo. Me levanto. Furioso. Furioso le pregunto a

---

(24) «Con los demás», en *HC*, p. 173.

(25) «Comemos sombra», en *HC*, p. 181.

(26) *Para quién escribo*, de «En un vasto dominio», en *MPM*, p. 240.

(27) *Superficie del cansancio*, de «Pasión de la tierra», en *MPM*, p. 35.

(28) *La cogida (plaza de toros)*, de «Nacimiento último», en *OC*, p. 649.

(29) Beckett, Samuel: *Molloy*, trad. de Pedro Gimferrer, Lumen-Alianza, Barcelona-Madrid, 1973, 2.ª ed., p. 215.

la operadora si dios existe y si no borrarán de la guía telefónica alguna vez los nombres de los ausentes. No sabe qué decir. Vuelvo a la ficción (si es que alguna vez salí de ella), traspongo el amor al goce por la lechuga y sus formas caprichosas. Escribo «hoy» y quiero decir el mes de agosto de cualquiera de estos últimos años. Escribo (o me copio de vos, Vicente), porque amo a Dios sobre todo *sobre ti palpitante, también lo amo* (30), y *siempre te estrecho como voz entre labios* (31).

¿Comienza el mundo silenciosamente, muda mudo, o en realidad su vibración fundamental es un sonido que no siempre alcanzamos a escuchar? No quiero meter en casilleros lo que creo encontrar en Aleixandre, no quiero definiciones rígidas, me irrita la posibilidad de que Aleixandre, o esto que voy escribiendo, sea leído o digerido de una sola manera. ¡Pobre digestión, pobre texto! Es preferible, en cambio, extender al infinito el mundo que ofrecen los versos de Aleixandre, inventar—como en *Blow up*—infinitas variaciones. Hacer versos diversos: divertir.

Hace años supe por Estragón (¿o Vladimiro?), en *Esperando a Godot*, que las mandrágoras gritan cuando se las arranca. Dice un amigo, pintor y amigo de las plantas, que para preparar la ensalada de lechuga, conviene cortarla con las manos y no con el cuchillo porque se siente víctima de asesinato. Por otra parte, su dolor, aun al ser cortada con las manos, contagia a las plantas que estén cerca y por eso es mejor aislarse en un lugar donde el dolor de la lechuga no se esparza. Pero de todos modos, más allá de ese grito arrancado por el sufrimiento, debe de existir un sonido interior—mudo—que reúna las cosas y los hombres, hasta los más distantes. Porque las manos amorosas que cortan las hojas de lechuga establecen un pacto, un juego armonioso—y es tu cuerpo también el que aparece en hojas mientras te toco y beso.

*Grité. Y sentí un beso. Y desperté. Era el día* (32).

Carta-discurso dejado por un hombre que pedía señales a las cosas (33)

---

(30) No encuentro el texto, ni la página. Doy fe, *sobre ti palpitante*.

(31) *Humano ardor*, de «Mundo a solas», en *OC*, p. 451.

(32) *Dos vidas*, de «Diálogos del conocimiento», en *MPM*, p. 373.

(33) Lo encontré roto en la parte superior. A juzgar por el 7 que se lee en el papel conservado, y por otros testimonios (orales y escritos), debe de datar de los primeros meses del año 1977.

... bajo de ese cesto de papeles donde se acumulan las cenizas, restos de cartas, prospectos, bollitos de papel higiénico o de periódico, donde nadie pisa, al menos durante este tiempo en que la casa está desocupada, porque nos hemos ido, allí debajo debe quedar algún secreto. Quién sabe si más o menos secretos que en la suela de un zapato en desuso, por donde realizo un difícilmente descifrable recorrido, convoco pasos de antes o desechos: fundidos están tabacos, bichos descuartizados, barro de un día de lluvia, inmundicias, una chinche a lo mejor. Te escribo por eso, para gozar juntos el misterio, igual igual que cuando eras chico y te gustaba perseguir el camino de las hormigas y soñabas con cuevas, salones y alacenas, o construías en el fondo del patio un cementerio de insectos: esos anónimos, en los bordes de la minucia.

Si lo hacemos seriamente habrá que perder el sol y los espacios amplios. Es necesario escarbar con uñas y ojos atentos el pequeño círculo que ha dejado el cesto de los papeles, preguntarse qué leyes del azar explican los cambios de ubicación, los paseos de los objetos, sobre todo si son nuestros, si están a cuevas de nosotros, si nos acompañan. Dónde se van los microscópicos granos de polvo que desaparecieron después de vaciar el cesto o, peor todavía, después de pasarle un trapo con agua y con jabón. Dónde están los papeles con nuestra letra, la de cualquier ser querido que nos haya escrito. Aunque nos guste juntar las cartas, resulta que el viaje nos obliga a aliviar el equipaje, irnos y dejar atrás esas pequeñas posesiones en las que pocos se fijan. Cómo reconstruir cada uno de esos pasos. Dice Cicerón que, gracias a la amistad, los ausentes se hacen presentes y hasta los muertos viven. Pero de aquel amigo ahora muerto: qué restos quedan en el sillón que ocupó tantas veces hace años, o en el tarro de talco que todavía sigo usando y que él también usó porque no tenía y lo quiso para espolvorear sus zapatos. Sudaba mucho y se quejaba de su mal olor.

En realidad no sabe que es peor, que la mezcla del talco y el sudor produce olores rancios y el talco humedecido se adhiere a las plantillas como un barro blanco. Qué señales hay ahora en los zapatos vacíos.

No me queda mucho tiempo. Espero que me escribas. De todos modos quiero decirte que cada lunes, antes de salir para el trabajo, no te olvides de tocar muy lentamente el espacio de apoyo del cesto de papeles, o de echarle talco en los pies y en las axilas, o de apretar fuerte la llave de tu habitación antes de guardarla en el bolsillo. Vas a sentir seguramente el grito que despiden las cosas cuando se despiden, porque están con vos, porque te quieren, porque te acompañan.